

El trato

Lo vieron llegar por el camino de los contrabandistas. Siempre aparecía por allí cuando se aventuraba a robar en los campos de los señoritos. Un día de estos le pegarían un tiro y nadie lo recogería de entre los rastrojos; sólo los buitres sacarían provecho. De lejos ya se veía que traía el saco lleno. Tal vez le pudieran robar algo de lo que llevaba. Todos en el pueblo sabía que el que roba a un ladrón...

- ¡Amigo, amigo! El trato sigue en pie – le gritó Eulogio desde la puerta de su casa para que se parara al borde del camino de tierra.
- Pero, ¿Qué trato, vecino? – contestó Crispín levantando un brazo como si espantara un bicho.
- ¡La niña! ¡Te doy la niña y te casas con ella! No te faltará quién te haga compañía – le recordó poniendo la mano de visera para protegerse del sol de mediodía.
- ¡Yo no quiero a esa cría! ¡Es más fea que el demonio! – rió, escupiendo al suelo - ¡Mierda de meseta, que no estamos friendo como huevos, vecino!

Las chicharras cantaban en el secarral alrededor de la maltrecha casa de Eulogio Santos, sin encalar desde hacía décadas y con las tejas resquebrajadas por el exceso de calor en verano y el exceso de frío en invierno.

- ¡No me insultes, compadre! ¡Que la niña es un tesoro! Va a cumplir doce años y te puede dar muchos varones que te ayuden en el campo.
- Tú lo que quieres es que te la cambie por el automóvil. Y además de fea es más arisca que un gato – afirmó chutando un pedrusco.
- Acércate y hablamos, vecino.... ¡Niña, ven y deja que te vea mi amigo! – espetó el viejo.

Eulogia tercera se escondía detrás de un pino reseco que crecía junto a la casa sin perder de vista el saco. Los pelos sucios y encrespados le cubrían casi totalmente la cara y el vestido de tergal, cien veces remendado, dejaba a la vista sus rodillas sucias y llenas de costras.

- ¡Verás que es ya una mujer y te va a servir para *to!* ¡Tendrás una hembra en la cama ... que todo el pueblo sabe que llevas años de secano desde que murió tu santa esposa Catalina! - insistió Eulogio Santos.
- ¡Pero si está más seca que un bicho palo! ¡Te quieres quitar de encima una boca que alimentar porque se te ha *arruinao* la cosecha y se *ta* muerto el borreguillo!
- ¡Tú sí que estás reseco y ya no tienes con qué llenar a una hembra! Por eso no la quieres – intentó picar Eulogio a Crispín.
- Y tú quieres endosarme a la mocosa y quedarte con mi coche – se defendió el dueño del saco.
- ¡Si está *estropeao!* Hace años que *naide* oímos el motor por el camino.
- Entonces, ¿Por qué lo quieres?
- Yo lo puedo arreglar... En mis tiempos mozos era un mecánico bueno. ¡Anda! Enseña lo que llevas en el saco que por aquí hay más hambre... Sólo comemos patatas *agusanás* y olivas, compadre.
- Ni de broma, compadre... ¡Tú quieres agenciarte el saco! – reaccionó.
- ¡*Desagradecío!* La de veces que te *dao* de comer en esta casa... Llévate a ésta y la pruebas. Si no *ta satisfacío* la devuelves- volvió a ofertar Eulogio - ¡Niña, lárgate con el vecino que te vas a casar!

En su fuero interno Eulogio quería quitársela de encima para no pecar. Era un hombre temeroso de Dios. Su mujer había muerto seis meses atrás y sólo le quedaba un hijo de quince años y la niña. Si pasaba más tiempo en la casa la tendría que usar para desahogarse – <<que un macho es un macho y yo me conozco>> – solía decirse y entonces no la podría casar. Si arreglaba el coche pensaba ir a Albacete a buscar trabajo para el niño. Él ya no tenía edad ni ganas de trabajar, pero el crío estaba fuerte para cualquier menester. Era su última oportunidad. Se le habían muerto tres machos y algunas hembras y dos de los mayores que habían sobrevivido se largaron y no le enviaban, los muy desagradecidos, ni una peseta.

Eulogia tercera se acercó obediente al vecino que se había sentado en un tocón y se le acomodó en el regazo. Mientras el viejo la magreaba, ella metía la mano en el saco que había dejado en el suelo y sacaba cebollas que iba lanzando a unos metros donde las recogía el hermano. El hombre se calentó y cogió una mano a Eulogia para que le toqueteara la bragueta. Con los ojos medio cerrados de gusto no se percataba de que el saco se iba vaciando.

- ¡Niña! ¡Ya basta! No seas marrana – gritó el padre desde su silla de mimbre.

La niña saltó como un felino y volvió a esconderse detrás del pino.

- ¡Acepta, vecino! Una noche para ver si te sirve – insistió como última oferta Eulogio.
- ¡Hecho! - aceptó Crispín con la sangre inflándole el miembro bajo los calzones.

La primera noche fue dura. Tuvo que atarla a los barrotes de la cama tras perseguirla por toda la casa porque se escabullía como una lagartija. Hizo lo que un hombre tiene que hacer con su hembra y varias veces porque el agujero era muy estrecho y había que cederlo para que pudieran salir churumbeles. La mantuvo atada al catre varios días para domesticarla y a la semana volvió, satisfecho de tanto amor conyugal, a casa del vecino para hacerle entrega de las llaves del coche.

- Tuyo es – zanjó el trato con a un apretón de manos.
- Buen trato, ¿verdad? – sonrió Eulogio mostrando sus dientes podridos – Es como su madre... una fierecilla al principio. A mí me costó lo suyo, pero me parió nueve o diez criaturas. Lástima que se me haya muerto...aún podría haber hecho tres o cuatro para que me mantuvieran en la vejez – reflexionó acariciando las llaves.

Costó más de un año arreglar el viejo Opel del 34. Era una chatarra sin asientos y que hubiera necesitado decenas de capas de pintura que no podían pagar. Estaba aparcado en el patio trasero de Crispín desde hacía décadas y Eulogia tercera espiaba a su padre desde la ventana de la cocina mientras pelaba las verduras para la comida. No se había acostumbrado a que Crispín la aplastara con su olor a viejo y su sudor rancio, a pesar que el hombre la intentaba agasajar

con chucherías para que no se retorciera demasiado en su intento por escabullirse. Ya la había preñado, pero al menos en esa casa no pasaba hambre.

Por fin, un día de primavera el motor rompió el habitual silencio del pueblo con una explosión y se mantuvo carraspeando varios minutos hasta que se estabilizó en un rugido constante. Eulogio reía a carcajadas y Eulogia tercera no quiso desaprovechar la oportunidad. Se deprendió del delantal, que tan poco la favorecía a sus trece años, y salió al patio para disfrutar del espectáculo. Eulogia tercera también quería escapar del pueblo y viajar a Albacete para comprarse un vestido nuevo. En cuanto el vehículo tomó el camino de grava hacia la carretera, la muchacha atajó por el patio arrastrando sus alpargatas para interponerse en su camino. Eulogio, mecánico mediocre y peor conductor, estaba tan emocionado y tan orgulloso con el sonido que ofrecía su bocina que no se percató de la hija que se le cruzaba en la carretera. La rueda delantera y trasera del lazo izquierdo atropellaron a la niña, sin que el ruido provocado por el crujir de sus huesos se elevaran por encima del estruendo del motor y el pitido de su orgullosa bocina.

Crispín observó lo ocurrido desde el camino de los contrabandistas, de donde volvía tras su habitual incursión en los campos de cebollas, y corrió tras el vehículo gesticulando y maldiciendo a su vecino:

- ¡Devuélveme el coche, devuélveme el coche que me has *matao* la hembra!

Eva Marín